

«Es dulce el amor a la patria»: la escritura del viaje y la  
identidad nacional en el lance de Ricote

(*Quijote*, II, 54, 63 y 65)

Adrián J. Saéz

Università Ca' Foscari Venezia

[adrianj.saez@unive.it](mailto:adrianj.saez@unive.it)

**Résumé :** Dans une autre approche de l'épisode de Ricote dans *Don Quichotte*, nous essayons de situer ce personnage dans le contexte des voyageurs de Cervantes, puis de réfléchir à leurs conditions personnelles et familiales, à l'itinéraire du voyage et à la clé de l'identité nationale.

**Mots-clés:** *Quijote*, Ricote, Moriscos, voyage, identité nationale

**Resumen:** En otro acercamiento al episodio de Ricote en el *Quijote*, se pretende situar este personaje en el contexto de los viajeros cervantinos, para después reflexionar sobre sus condiciones personales y familiares, el itinerario del viaje y la clave de la identidad nacional.

**Palabras clave:** *Quijote*, Ricote, moriscos, viaje, identidad nacional

**Abstract:** This new approach to the episode of Ricote in *Don Quixote* aims to locate him in the context of Cervantes's travelling characters in order to reflect on Ricote's personal and familiar condition, the itinerary of his journey and the key to national identity.

**Keywords:** *Quijote*, Ricote, *moriscos*, journey, national identity

Aunque Cervantes era un migrante frustrado al que le dieron con la puerta en las narices cuando buscaba ir a América (“Busque por acá en qué se le haga merced”), se sabía bien la lección: “el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho” (*Quijote*, II, 25)<sup>1</sup>. Esta sentencia, todo un bocado de oro, puede valer perfectamente como la cartilla del viajero, que Cervantes conocía de memoria porque había recorrido Italia y buena parte de España, había hecho un poco de todo (aprendiz de cortesano, soldado, comisario de abastos, espía de medio pelo, etc.) y se las había visto de todos los colores, pues —entre otras cosas— cargaba a sus espaldas con el cautiverio argelino (1575-1580)<sup>2</sup>. No era el colmo, pero tampoco era moco de pavo, especialmente en una época donde la movilidad costaba tanto y, por si fuera poco, la formación de las identidades nacionales era un proceso en plena efervescencia.

Con este bagaje como punto de partida, pretendo volver al lance de Ricote en el *Quijote* (II, 54 y 63-65) porque se recorta sobre la cuestión de la migración en un marco histórico bien definido (el proceso de expulsión de los moriscos, 1609-1614), al tiempo que se adentra de lleno en el peliagudo correcalles del sentimiento nacional<sup>3</sup>. En este sentido, la acción y las palabras del morisco Ricote constituyen un caso privilegiado de escritura de un viaje (en su doble dimensión de relato oral en la novela) y sirve en bandeja una oportunidad de oro para reflexionar sobre la identidad nacional en Cervantes. Sin embargo, para no perder el norte antes de tiempo conviene empezar por situar al personaje en su lugar dentro del panorama de viajeros cervantinos.

---

<sup>1</sup> Se cita siempre por las ediciones consignadas en la bibliografía, con ocasionales retoques de puntuación.

<sup>2</sup> Para las peripecias biográficas cervantinas, ver Cannavagio (2015 [1986]), García López (2015) y Gracia (2016).

<sup>3</sup> Sobre el sentido y los vericuetos del caso morisco, ver Domínguez Ortiz y Vincent (1985) y Dadson (2014 [2007]); una introducción al laberinto identitario nacional en Sáez (2019: 25-82), con abundante bibliografía.

## El cuadro: los viajeros de Cervantes

Y es que, por de pronto, en la hoja de ruta cervantina hay más, mucho más que el forzado viaje de Ricote —y los cinco peregrinos alemanes que lo acompañan— con sus fortunas y adversidades, de modo y manera que conviene recordar los principales viajes y viajeros de Cervantes, junto con sus razones:

1. A la cabeza de todo se encuentra Cervantes en primera persona, que en la *Información de Argel* (1580) y otros documentos da cumplida cuenta tanto de su curriculum militar por mar y tierra —con un pinito de espía mediante— como de sus intentos de fuga durante el encierro norteafricano, en un relato que sirve de prolegómeno para el viaje de regreso a España (Sáez, 2018a) y que, en cierto modo, sirve de trampolín para el ejercicio de expresión autobiográfica —con mucho de ficción e ironía— del *Viaje del Parnaso* (1614), donde se narra una soñada expedición bélica de rescate al monte de los poetas.

2. En medio de los muchos amores y los ideales prados de *La Galatea* (1585), hay lugar para un carrusel de idas y venidas con tormentas y naufragios en el relato de Timbrio y Silerio, que hermanan la novela con el esquema bizantino.

3. Como siempre ocurre, en el *Quijote* (1605 y 1615) se multiplican los viajeros y sus motivaciones: para empezar, las aventuras de don Quijote y Sancho son una suerte de road-movie estructurada en tres salidas, que se acompaña de un verdadero baile de amores, burlas y reencuentros de Dorotea, don Fernando, Luscina y Cardenio (I, 23-32), y las partidas fingidas del curioso impertinente Lotario y la huida final de los amantes (I, 34), con el viaje como santo y seña del relato del capitán cautivo, pues representa la opción militar de las tres opciones del refrán “Iglesia, o mar, o casa real” (I, 39) que su padre da a elegir a los tres hermanos, a la vez que añade el regreso de la mano de la bella mora Zoraida y se redondea con un toque de autobiografía cervantina, filtrado por el tamiz del patrón de escritura soldadesco (Sáez, 2016).

4. Dentro del tapiz de las *Novelas ejemplares* (1613), destaca la itinerancia continua de los gitanos (*La gitanilla*), las idas y vueltas de una historieta bizantina con mucho sabor oriental (*El amante liberal*), la vida a salto de mata de los pícaros (menos en *Rinconete y Cortadillo*, más en *La ilustre fregona* y todavía más en la versión animalésca del *Coloquio de los perros*), el vergonzoso camino de ida y vuelta del violador don Juan (*La fuerza de la sangre*), un par de búsquedas amorosas (*Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*) y la parada final del alférez Campuzano (*El casamiento engañoso*), pero especialmente brilla el regreso del indiano Carrizales (*El celoso extremeño*) y los mil y un vaivenes de la pareja de *La española inglesa*.

5. Amén de algún que otro destello suelto en comedias y entremeses (el viaje interrumpido del cornudo y tonto Pancracio en *La cueva de Salamanca*), en el teatro interesa el salto americano de Cristóbal de Lugo con su feliz transformación de pícaro en santo (*El rufián dichoso*), la vida turca de doña Catalina de Oviedo (*La gran sultana*) y el movimiento imparable de un Proteo con todas las de la ley (*Pedro de Urdemalas*).

6. Y, por si fuera poco, el *Persiles* (1617) es entre otras cosas la historia del viaje de Periandro y Auristela por motivos amorosos, políticos y religiosos al que se suman aquí y allá un equipo variopinto de peregrinos con razones de todo pelo que se multiplican una tras otra.

En breve, en Cervantes hay viajes y viajeros de todos los colores, en un buen reflejo tanto del abanico de opciones de desplazamientos de la época (destierro, escapada, huida, misión, peregrinación, etc.) como de las posibilidades de la baraja de la tradición literaria (de la novela pastoril al esquema bizantino). Sobre este lienzo, el morisco Ricote se delinea como un caso excepcional: se trata del único personaje desterrado, que se ve expulsado de su patria por un edicto oficial y tiene que buscar un nuevo hogar entre una selva de dificultades (conservación y recuperación del patrimonio, itinerancia, salida de la familia, etc.). Cierto es que le siguen de cerca algunos exiliados con el bárbaro español Antonio a la cabeza, que tiene una vida a las espaldas que

guarda ciertas similitudes (Muñoz, 2018), pero hay dos salvedades a favor —o en contra— de Ricote: la diferencia que hay entre un destierro y un exilio, así como la inocencia de la condena, que —juicios aparte— se debe únicamente a la pertenencia a un grupo étnico y social (una “nación”, dice, II, 54) sin culpa personal alguna.

### **El protagonista: a vueltas con la identidad de Ricote**

En compensación, el morisco Ricote es uno de los personajes cervantinos que más y mejor acogida crítica ha merecido, porque es una historia construida al milímetro que tiene de todo. Y lo tiene desde un trampolín un tanto pequeño, porque Ricote es un personaje más bien secundario que aparece apenas dos veces en una acción que arranca con un encuentro azaroso en medio del camino —como tanto le gusta a Cervantes— y por una razón de medio pelo (es vecino de Sancho en la aldea de nombre queridamente olvidado), para después desarrollarse en dos-tres movimientos (II, 54, 63 y 65) que comprenden la narración de las aventuras tanto del protagonista como de su familia y se cierra con una doble anagnórisis en el puerto de Barcelona como quien no quiere la cosa y cuando nadie se lo espera dentro de una suerte de mininovela bizantina entremetida (Neuschäfer, 1998: 65). Puede parecer poco, pero cada detalle está perfectamente calculado: el nombre es realmente “músico, peregrino y significativo” (I, 1) como pide don Quijote, porque evoca con toda intención la zona morisca del Valle de Ricote y conforma un mixto de morisco antiguo y granadino (Dadson, 2015: 88), al tiempo que en medio de la nada se cruzan dos viajes de regreso<sup>4</sup>: Sancho Panza tras el abandono voluntario de la Ínsula Barataria (con su poco de fracaso de la utopía política) y el equipo de peregrinos germanos entre los que se encubre Ricote, con lo que en un momento se juntan la sorpresa del reconocimiento en la

---

<sup>4</sup> Según parece, de cerca también podía recordar Cervantes una familia morisca de Esquivias (Dadson, 2015: 87-88).

acción y un parlamento marcado por la sinceridad como resultado de la rápida recuperación de la confianza que favorece el banquete, el capote del vino que corre alegremente entre todos y el bienestar de la hora de la siesta. Y es que, de hecho, Ricote parece “que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco” (II, 54) por el gusto con el que bebía de la bota<sup>5</sup>.

A partir de esta disposición narrativa, la cosa se dispara en varias direcciones:

1. Primeramente, el lance rícotesco supone la entrada directa de la historia en el Quijote sin paños calientes de convenciones genéricas: por mucho que conecte con la novela morisca, los testimonios del cautiverio y demás, constituye un acercamiento al drama de la expulsión de los moriscos (Márquez Villanueva, 1998 [1991] y 2010: 223-311; Dadson, 2004 y 2015; Hitchcock, 2004; Bernabé Pons, 2013; Vincent, 2015; Benítez, 2018), que Cervantes demuestra conocer bien (decreto, fases, evolución, etc.) y toca igualmente en el *Coloquio de los perros* y el *Persiles* (III, 1) (Ramírez-Araujo, 1956: 285, n. 24; Osuna, 1970; Márquez Villanueva, 1975: 285-304; Quérillacq, 1992) desde una perspectiva mucho más crítica, muy posiblemente en relación con el contexto y las relaciones cortesanas del escritor (Gómez Canseco, 2017a y 2017b), amén de un pequeño reguero de guiños sueltos (“el morisco aljamiado” traductor de la historia de don Quijote, la hechicera de *El licenciado Vidriera*, etc.).

2. La complejidad del asunto, que tiene muchas caras y dio lugar a fogosas discusiones en las altas esferas políticas, alcanza al discurso de las minorías (Güntert, 2006), los problemas de la conversión (Vila, 2008; Fine, 2015), del destierro (aunque habitualmente visto como exilio) (López-Baralt, 2007; Domínguez, 2009) y de la identidad, en una triple dimensión personal, familiar y nacional (Plata, 2015), que plantea otro modelo identitario (Fuchs, 2001 y 2011: 99-117; Feros, 2017).

---

<sup>5</sup> Zimic (1998 [1992]: 292) entiende esta escena de borrachos como un intento de olvidar los malos tragos respectivos, nunca mejor dicho.

3. Un poco de modo más general, está la clave de la religión que, si siempre es una cuestión espinosa en Cervantes (ver Lozano-Renieblas, 2008), en este caso se riza el rizo porque los moriscos expulsados por su sangre sucia buscan refugio entre musulmanes en Argel pero encuentran un infierno y vuelven a huir, encontrando —paso por Italia y Francia mediante— solo una nueva casa en la Alemania protestante pero sin defensa alguna de la libertad de conciencia (Ramírez-Araujo, 1956, 288-289; Márquez Villanueva, 1975, 277-285 y 2010: 260-270).

4. Pero es que, además, narrativamente se trata de un relato oral en primera persona que da una vuelta a la fuerza expresiva de los desterrados: sí, “quien ya no tiene ninguna patria, halla en el escribir su lugar de residencia” (Adorno, 1987, 85), Ricote da vida a sus deseos y frustraciones mediante sus palabras, para después abrirse a otras perspectivas (Sancho, Ana Félix, don Quijote, etc.) y configurar, así, un pasaje polifónico de antología.

De todas estas aristas, conviene centrarse una vez más en la clave de la identidad nacional porque el lance de Ricote cuestiona el concepto en tanto se trata de un personaje español que posee una identidad alternativa a la norma (morisco) por la que es expulsado por sus compatriotas y, sin embargo, siempre y en todo lugar se siente español, de modo que se atreve a un regreso temporal y peligroso: como bien dice Márquez Villanueva (1975, 238), es toda una “tragedia española”<sup>6</sup>.

En este sentido, aunque Ricote reúne algunos topoi de la representación del morisco (sobre todo la riqueza), no es un personaje tan tópico; o no lo es para mal, porque es un ejemplo del buen morisco que desmiente la mentira de culpa colectiva mediante un ejemplo individual pintado con los claroscuros de rigor. Es más: parece “huérfano de tradición literaria válida” y “no es copia de nada ni de nadie” (Márquez Villanueva, 1975, 239, 241 y 243), puesto que desde el inicio se presenta como un

---

<sup>6</sup> Cervantes se interesa en la identidad nacional en otros lugares, fundamentalmente a propósito de las imágenes nacionales (Sánchez Jiménez, 2016, 161-178; 2018) y los godos (Sáez, 2018 y 2019b, 145-158).

cristiano asimilado di lunga data que cumple con todos los requisitos, acepta el edicto con serenidad y emprende una salida voluntaria (con sus ventajas) en un camino con idas y venidas, de modo que se unen relato, el viaje y la identidad. Por al menos tres razones: la condición del personaje (y de su familia), el itinerario de ida-vuelta-ida de su partida voluntaria y su sentimiento identitario.

Mal que bien, Ricote es un morisco con todas las de la ley, si bien en un grado que reconoce imperfecto en comparación con su familia: “yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir” (II, 54). Mucho más dice su hija sobre sus padres y ella misma, en otro discurso que marca distancias entre el grupo y el individuo:

De aquella nación más desdichada que prudente sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo, de moriscos padres engendada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tíos míos llevada a Berbería, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenían a cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y, así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana y un padre discreto y cristiano ni más ni menos; mamé la fe católica en la leche, criéme con buenas costumbres, ni en la lengua ni en ellas jamás, a mi parecer, di señales de ser morisca (II, 63).

No acaba ahí la cosa, porque en su entorno se dan más variantes de grado con algún pariente (Juan Tiopeyo, su cuñado, uno de los “tíos” y “otros parientes” con los que parte) que es “fino moro” (II, 54), con lo que en una familia se encuentran tres

perfiles religiosos distintos (Vincent, 2015: 3) que, en buena lógica, buscan refugio en lugares acordes a sus ideas, con Argel como destino para los criptomusulmanes y varios países cristianos (Italia, Francia, Alemania) para los buenos moriscos.

Si el destino —y también la fortuna— los separa, ambos comparten la decisión de partir al destierro de modo voluntario, aprovechándose de la autorización de salida de un decreto temprano (28 de diciembre de 1609) previo a la sanción de expulsión posterior (10 de julio de 1610) y por los motivos que fuere (huida de la tensión creciente, ventajas, etc.). Es más, Ricote actúa con mucha cabeza y pretende realizar una exploración preliminar:

Ordené, pues, a mi parecer como prudente, bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive y se provee de otra donde mudarse; ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo y ir a buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demás salieron, porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo (II, 54).

Las cosas no son tan fáciles y pronto el viaje se convierte en un camino de espinas tanto para la búsqueda de Ricote como por la salida de su familia, que se encuentran respectivamente con el peregrinaje forzoso hasta el nuevo “sagrado” de Alemania y la salida —acaso algo forzada— a otro destino junto al maltrato en Argel y la amenaza de la apostasía, para rematarse con un regreso parcial a España que propicia el reencuentro: así, Ricote es un ejemplo de morisco regresado que vuelve a casa después de la expulsión, aunque lo haga simple y llanamente para recuperar su tesoro escondido y poder contactar con su mujer e hija para “dar traza como traerlas a algún puerto de Francia y desde allí llevarlas a Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de

nosotros” (II, 54). En este orden de cosas, Ricote no es un morisco regresado como tantos otros, porque únicamente contempla un paso veloz por España hasta las afueras de su pueblo (pues su patrimonio está escondido “fuera” y lo podrá hallar “sin peligro”, II, 54), para volver a su lugar de acogida, pero no para lanzarse a otra cosa (supuestas viejas tentaciones musulmanas o nuevos deseos luteranos que algunos han querido ver) que no sea vivir en un ambiente tranquilo donde seguir siendo cristianos con dudas (Ricote) o con firmeza (mujer e hija). Ahora bien, quizá no haga falta considerar este regreso temporal como un “símbolo [...] de todos los estereotipos negativos de los moriscos” (Dadson, 2015, 88-89), sino como la solución más coherente en el contexto. Que, por otra parte, no se cumplirá realmente, porque el reencuentro en Barcelona se salda con la protección del virrey, que vale como sanción de la bondad de estos moriscos, “pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bienintencionado” (II, 54). No obstante, es cierto que el final queda abierto, con un intento de negociación oficial que deja la historia en stand-by pero se puede admitir que los amores de Ana Félix y don Gregorio que apuestan por la asimilación por matrimonio de los moriscos son buenos auspicios; al menos, en teoría, pues queda la puerta abierta.

En el corazón de este laberinto de razones económicas, políticas y religiosas se encuentra la clave de la identidad, porque la cuestión morisca y la polémica de la expulsión desafían la noción de “español” y desatan una “crisis de conciencia nacional” (Márquez Villanueva, 1975, 257), en un momento clave de conformación de los estados-nación. De hecho, el perfil de Ricote abarca tres identidades en conflicto (cristiano, morisco, español) que se camuflan con el disfraz de peregrino que le hace parecer francés (“franchote”) y alemán (“tudesco”), para más señas. Ya lo decía Juan de la Puente en la *Conveniencia de las dos monarquías católicas*, la de la Iglesia romana y la del Imperio español (Madrid, Imprenta Real, 1612, III, 3, fol. 22r): los

moriscos son “moros en lo secreto, en lo público cristianos y españoles en la sangre”, un sincretismo (cultural, racial y religioso) que es el verdadero caballo de batalla. Entre otras muchas cosas al retortero (Fuchs, 2001 y 2011, 99-117), el morisco no cumple con todos los rasgos del español puro (por lo general más de carácter que físicos) (Feros, 2017, 63-65), pero comparten el origen, muchas costumbres, una lengua (con el plus del bilingüismo), la religión, etc., con lo que apenas el pasado y los rigores de la historia los distingue, como una culpa de los padres imposible de borrar. Justamente, mediante la representación de esta similitud casi perfecta Cervantes pone sobre la mesa las ambigüedades de la identidad nacional.

Y Ricote manifiesta su amor por la patria en un parlamento de oro:

Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave, al parecer de algunos; pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería, y en todas las partes de África donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé a Italia, y llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la

mayor parte della se vive con libertad de conciencia (II, 54).

De hecho, su regreso constituye un riesgo de los buenos a la sombra de la posible pena de muerte, como muestra la sorpresa de Sancho, que le pregunta “cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura” y rechaza de plano tanto echarle una mano como delatarlo (“conténtate que por mí no serás descubierto”, II, 54). Esto es: Ricote se juega la vida casi casi en recuerdo de la clásica idea pro *matria mori*, algo viciada por la motivación más terrenal de las riquezas, claro está.

A fin de cuentas, la identificación emotiva es una de las bazas principales del sentimiento nacional (Anderson, 1991 [1983]) y solamente desde esta perspectiva afectiva, amén de la natural prudencia, se puede entender el doble encomio de la expulsión por parte de Ricote, que tira más de una piedra a su propio tejado, aunque tenga mucho de “un elogio de esos que matan” (Márquez Villanueva, 2010, 229):

me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa (II, 54).

con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, a quien dio Su Majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa que del unguento que molifica, y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros a debida ejecución el peso desta gran máquina, sin que nuestras

industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, que con el tiempo venga después a brotar y a echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía. ¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco! (II, 65).

En este orden de cosas, la actitud de Ricote durante su condena de destierro se asemeja al modelo de Ovidio, marcado por el dolor por la pérdida y la nostalgia, frente al arquetipo de Plutarco que ve la pena como una oportunidad de reflexión moral (Guillén, 1995), de modo que el lance de Ricote sería un ejemplo de texto de destierro empotrado en el segundo Quijote<sup>7</sup>.

### **La seña: final**

Más allá de la verosimilitud histórica, el juego de ambigüedades e ironías marca de la casa y una posible cercanía a la *écriture engagée* con todos los límites de la época, así como los debates para todos los gustos (maurofilia vs. maurofobia), la historia en dos tiempos de Ricote es un mosaico de elementos, a la par que se trata del personaje más real —o histórico— de la novela. Con una naturalidad sorprendente, esta aparición abre la veda a una discusión de altos vuelos y añade una nueva tesela narrativa a la novela. Además de un buen conocimiento del asunto durante su última etapa en diálogo con los sucesos en marcha, Cervantes parece abordar la polémica morisca en recuerdo directo —o

---

<sup>7</sup> Ver López-Baralt (2007) y Domínguez (2009), aunque —repito— sería más adecuado usar el concepto de destierro, porque —entre otras cosas— es concepto de época que Covarrubias define como “pena ordinaria de vagamundos y de gente pernicioso a la república, y para limpiarla los echan della”, con un matiz que viene de perilla para la expulsión de los moriscos. En cambio, “exilio” vale “lo mismo que destierro” pero “es voz latina y de raro uso” (*Diccionario de Autoridades*).

mediación— con su experiencia argelina (Benítez Sánchez-Blanco, 2018, 49, 51, 53-54) y clava una pica en el debate de la identidad nacional mediante la representación de un caso tan complejo como discutido: con el dibujo del buen morisco Ricote y todos sus matices (diferencias familiares, dudas y recelos, etc.) se da una defensa de la españolidad de algunos moriscos, en un gesto que tampoco convierte a Cervantes en abogado de la causa morisca. Sea como fuere, en este nudo gordiano la respuesta no es clara con toda intención, pues no podía ser de otra manera en el complejo laberinto de la identidad: por ello, el cierre queda entreabierto, en un final entre sombras que deja el viaje sin ningún regreso a Ítaca. Por eso, bien se puede acabar con Garcilaso, con palabras de sabor agrídulce que sin duda aprobarían tanto el morisco Ricote como Cervantes:

Mas la fortuna, de mi mal no harta,  
me aflige y d'un trabajo en otro lleva:  
ya de la patria, ya del bien me aparta.  
(Égloga III, vv. 17-19)